

¿NOBLEZA OBLIGA?

Por RAFAEL ATIENZA MEDINA

Los discursos y definiciones de la nobleza han tenido una continuidad asombrosa. Las aristocracias, élites hereditarias con privilegios legales y obligaciones públicas, han sido definidas de muy diversas maneras, pero los aristócratas siempre han buscado para sí mismos una definición basada en los principios y el comportamiento. Y lo curioso es que buena parte del mundo exterior, tanto sus contemporáneos como los historiadores, haya aceptado esta versión legitimadora de los privilegios: incluso las críticas a la aristocracia se han basado en su incapacidad para estar a la altura de su idealizada identidad. La definición aristotélica de la aristocracia ha sido esgrimida durante siglos y el principio de que los nobles eran los más cualificados para llevar los asuntos de estado ha logrado una aceptación sorprendente.

Para la nobleza hereditaria siempre ha sido esencial mostrar una continuidad de vida y de conducta, como si los honores que se transmiten de padres a hijos fueran acompañados necesariamente de los valores personales que representan —de forma que aquellos que detentaban los honores en cada generación podían reivindicar para sí las proezas de los antepasados que los obtuvieron. En palabras de Maurice Halbwachs, “en ninguna

otra parte encontramos una continuidad similar de vida y de pensamiento, en ninguna otra parte el rango de una familia se define tanto por lo que los demás saben de su pasado.”

La continuidad del discurso nobiliario es muy explicable: durante siglos la nobleza ha logrado conservar privilegios y distinciones de tal forma que su discurso pudo mantenerse hasta hace bien poco sin modificar su esencia. Bastaba con adaptar la retórica a los tiempos y actualizar arcaísmos lingüísticos. Pues en cierto modo el discurso de la nobleza es el eterno discurso justificativo de toda clase dirigente, con la consabida expresión pública de espíritu de servicio y obligaciones irrenunciables. Con la diferencia de que en este caso los méritos, y por tanto los privilegios, no son individuales, sino colectivos de todo un linaje o familia. Así, el colectivo nobiliario estimó como propios valores como el honor, la representación de la alta cultura y civilización o la salvaguarda del interés general. Burke y Toqueville creían que las *public virtues* de la aristocracia eran una garantía de civilización: unos códigos que aunaban religión, respeto por la educación y preservación de la cultura y el gusto. Curzon escribió en 1910 que el principio hereditario había proporcionado a Inglaterra una clase alta que, en su conjunto, había llevado honorablemente las responsabilidades de gobierno, y que toda civilización era fruto de la labor de las aristocracias.

Extender los privilegios de los antepasados a los descendientes requería un discurso que aportase legitimidad hacia el exterior y cohesión en el interior de la clase. De ahí la búsqueda y expresión pública de conductas y principios que habían de ser aceptados por el propio estamento y manifestados hacia el exterior. De hecho las familias nobles se mostraron sorprendentemente conformes con las desigualdades hereditarias, las injusticias de la preeminencia lineal agnaticia o la disposición a perder la vida en la batalla o en el duelo hasta muy recientemente. Pues bajo la ficción de la sangre noble latía una convicción, no por interesada menos sincera, de constituir el grupo máspreciado, más irremplazable, además de la parte más activa y bienhechora de todo el cuerpo social. Es fundamental tener en cuenta que esta creencia no se reducía a un simple ejercicio de vanidad colecti-

va, y que estaba fundada en una apreciación bastante ajustada del papel ideal que una aristocracia debe jugar. Como es obvio, siempre estuvo presente la tensión entre la natural inclinación del individuo hacia desenfrenos, perezas o avaricias y la necesaria contención y ejemplaridad que predicaba su discurso. Es decir, entre los deleites e impulsos de la vida y la solidaridad con la *clase*.

Por supuesto que estos valores, tal como el honor por ejemplo, se encontraban en los demás grupos sociales. Sin ir más lejos, en la burguesía comerciante de las ciudades, necesitada de mantener el buen nombre y acreditación de su negocio. La particularidad de la nobleza fue el asociar estas cualidades con las obligaciones debidas a la familia y el linaje. Wasson menciona que un noble planta bosques que tardarían un siglo en completarse, pensando en el placer visual y la rentabilidad económica de sus descendientes lejanos, y que esta continuidad entre el pasado de un tatarabuelo y el futuro de un tataranieto le distinguía de otras plutocracias, juntas militares u oligarquías de diversa índole.

El que la familia fuese el corazón de la vida aristocrática no se debía tan sólo a que la identidad y prestigio del individuo le viniera por su linaje. Los antepasados, los vivos y los aún no nacidos constituían *la casa*. Los cabezas de familia no eran más que usufructuarios del patrimonio familiar. Los hijos eran educados en el respeto reverencial a los antepasados y a los mitos históricos que genealogistas contratados y hagiógrafos familiares escribían para la *casa*. Todos vivían *vigilados* por los antepasados y los retratos colgados en sus casas les recordaban que la historia del país era *su* historia. Incluso se podía dar el caso de que el buen nombre o prestigio tuviera un sentido ascendente. Un noble, contemplando los retratos de sus ancestros en las galerías de su castillo, viendo las torres y barbacas que levantaron, piensa que su posición actual se debe a acontecimientos y hechos de los retratados. Pero a su vez, si alcanza fortuna y gloria, proyecta en el pasado el brillo de su situación actual: así, oscuros antepasados de la etapa inicial aparecen transfigurados y radiantes con la gloria póstuma que les aporta un descendiente triunfador. Y viceversa: la caída en desgracia o ruina de una casa podía afectar la

gloria de lejanos antepasados. De modo que ancestros de siglos atrás podían ver cómo el polvo de la historia apagaba sus proezas y trabajos como consecuencia de negligencia o abandono de sus descendientes. Ni los linajes más antiguos e inmemoriales eran necesariamente eternos. La gloria eterna no es de este mundo, como bien expresó Ripalda en 1590.

La nobleza hereditaria tiene su origen en las hazañas, lealtades y méritos de los antepasados. Obviamente no es tan fácil legitimar el ejercicio de cargos públicos por la heroicidad del ancestro. Por un lado está la dificultad de convalidar, con proezas o méritos, la legitimación del ejercicio del poder que la nobleza considera su atributo. Por otro, las cualidades que en su momento enaltecieron el linaje –valor, lealtad, desprendimiento– no son necesariamente las más convenientes para administrar sabiamente o lograr la aquiescencia social. Pues además de las cualidades supuestamente heredadas, el ejercicio del poder requiere conocimientos en el campo de la administración, el derecho, la economía. El *discurso de la nobleza* salva estas carencias fijando la atención en el comportamiento y las virtudes que se atribuye: honorabilidad, desprendimiento, espíritu de servicio, búsqueda del interés general, que son efectivamente condiciones de un buen gobernante o soldado.

Dicho de otro modo, se juzga a un servidor público por su capacitación y trabajo. Se tienen en cuenta sus servicios anteriores, pero sólo en la medida en que garantizan su competencia y destreza en la función que ocupa en cada momento. En el caso de la nobleza, por el contrario, el rango de un noble se funda en la antigüedad de su título, con lo que el discurso de la nobleza tendrá por función que ese pasado familiar le legitime para ejercer funciones de gobierno. De ahí la insistencia en los valores y las virtudes más que en la capacitación para cada puesto o función pública.

Si el discurso de la nobleza contribuyó a ordenar y cohesionar el estamento, mayor aún fue su éxito en lograr la aceptación del mundo exterior: aún hoy en día, mutilado, descontextualizado y adaptado a conveniencias de cada momento, es aprovechado por toda suerte de clases dirigentes y sus principios constituyen un eterno objeto de nostalgia.

Es obvio que no existe tal cosa como la excelencia colectiva. Toda declaración colectiva de superioridad y privilegio es socialmente condenada: así, cuando tal manifestación la hacen etnias o naciones, profesiones o partidos políticos el rechazo es general. Sin embargo se admitía hasta hace bien poco cuando se hablaba de clases, y por ello el discurso nobiliario no tuvo que cambiar sustancialmente en un milenio. Por más que el lenguaje se adaptase a cada época, la exigencia de ejemplaridad por obligación hacia los antepasados o la presunción de excelencia personal por pertenecer a un determinado linaje son una constante del discurso que hasta hoy en día puede escucharse.

Un buen ejemplo de la inexistencia de cualquier clase de excelencia colectiva puede verse en los baldíos esfuerzos de los padres por casar bien a sus hijos. Casar bien no significa casar por dinero, sino con personas adornadas de toda suerte de virtudes. Pero como es bien sabido, en el emparejamiento no hay en realidad una elección, sino más bien una abducción amorosa totalmente imprevisible. De ahí que muchos padres busquen para sus hijos ambientes, clubes, grupos determinados, con la esperanza de que la incontrolable abducción se produzca dentro de uno de ellos. Y precisamente ahí reside el problema: no existe colectivo alguno de *excelentes*. No hay sectores sociales de generosos, honorables o inteligentes en los que acoplar a los hijos: el egoísmo, la bondad o la cobardía, como los demás vicios y virtudes, se reparten de forma aleatoria entre todos los grupos sociales. Sólo se puede acotar el campo de batalla en el terreno patrimonial: pues es posible, y de hecho frecuente, la agrupación en base a un determinado nivel económico, ya que no en base a virtud alguna. No es que los padres busquen un matrimonio de conveniencia, sea eso lo que sea, sino de que, cuando salte la chispa, haya más probabilidades de que, al menos, el flanco económico quede cubierto. Todos los demás dependen del azar y la pasión. Ante la total aleatoriedad en la elección de la pareja a que ha llevado esta reciente costumbre occidental del matrimonio por amor, puede entenderse que algunos padres, renuentes a abandonarse al imprevisible azar que tanto afectará la vida

futura de sus hijos, busquen influir en el único campo en que pueden hacerlo¹.

Todas las oligarquías y élites han tenido por objeto el facilitar el camino a los descendientes, el que pudieran verse favorecidos por su nombre o ascendencia. Era de esperar que éstos apelaran a cuantas ventajas o distinciones pudieran encontrar, y que apelaran más cuanto más difícil les resultara valerse en el mundo de la competencia. La función primordial de la conocida expresión *Nobleza Obliga*, pues, era exhortar a los nobles a cuidarse de excesos, placeres o avaricias que podrían perjudicar el prestigio del estamento y la validez de su discurso y, con ello, la posición de los descendientes. Este discurso de la vieja nobleza pervive hoy día en los colegios profesionales, con sus grandilocuentes códigos deontológicos bajo los que late el corporativismo, y su marginación de quienes, con su conducta, perjudican la profesión. En algunos de estos casos conviene recordar la *boutade* de Kissinger: “lo malo de los políticos es que un noventa por ciento de ellos echa a perder la reputación de todos los demás.”

1. También se dan padres que intentan, aunque esto es mucho más difícil, instruir a sus hijos para que por sí mismos decidan casar con persona adinerada. Y lo hacen porque es la única instrucción que puede tener algo de efecto: aunque fuera posible llevar a los hijos a la convicción de que habrían de emparejarse con gente ejemplar, intelectualmente refinada o virtuosa, el amor todo lo colorea e ilumina de modo que el amante verá desprendimiento y virtud donde hay egoísmo y abyección. Como es bien sabido, el amor impide ver las diferencias que separan a muchos futuros esposos, y con ello entorpece las posibilidades de éxito de la relación futura. Con el dinero, en cambio, no puede uno equivocarse. Ni la más ciega pasión puede hacer que parezca rico el pobre. En el dinero no hay trampa ni cartón.

Naturalmente, hay otros sectores que algunos padres intentan que sus hijos solteros frecuentes, como, por ejemplo, las élites intelectuales, que se reúnen en selectos centros académicos o científicos. Es evidente que esta compañía no garantiza la generosidad, el compañerismo o la buena fe, pero quizás sí una exigencia, o al menos un barniz de exigencia, intelectual o profesional. Lo que sucede es que a quien no pertenezca a esta élite le resulta muy difícil incluir sus hijos en esos grupos: no hay forma de conseguir que los hijos accedan a ellos sin méritos personales. Un padre puede endeudarse para que sus hijos vayan en vacaciones a St Moritz o Martha's Vineyard, pero no los puede meter en Harvard, por poner un ejemplo, simplemente por dinero. Mejor dicho, si lo puede hacer por dinero es que no necesita buscar hijos políticos con fortuna.

La cuestión reside, pues, en estimar hasta qué punto *nobleza obligó*. Qué influencia tuvo una educación basada en las obligaciones que comportan los privilegios, en el desprendimiento y el sentido del honor, en el comportamiento de los aristócratas que nos han gobernado y han sido los árbitros de modas y culturas durante siglos. En otras palabras, si las aristocracias han sido más favorables para los gobernados que otras oligarquías. Si la continuidad familiar y dinástica durante generaciones ha sido un lastre o una ventaja, o, quizás mejor, si el inevitable lastre que suponía el sistema nobiliario era preferible, por su continuidad, a tantos otros sistemas que la historia nos ha dado. Para el cine y la novela no cabe duda: la dignidad y elegancia de la nobleza de cuna frente a la mezquindad del advenedizo han sido una constante en la literatura y en la gran pantalla (el mismo sentido peyorativo del término *advenedizo* implica un prejuicio favorable por el ya establecido). Sólo se exceptúan los *western*, en los que no hay un solo *bueno* acaudalado. Respecto a los escritos de la época, siglos de hagiografía doméstica han sido sustituidos por algo más de un siglo de descalificación general. Era de esperar que tras tanta grandilocuencia halagadora viniera el lugar común contrario, con la consabida adjetivación: decadentes, filisteos, trasnochados, anacrónicos. Adjetivar la nobleza (o en su caso la burguesía) como un colectivo, ya sea para defensa o para crítica, en nada contribuye a entender su origen y funcionamiento.

Es imposible estimar de forma general el efecto del discurso encomiástico o del hábito de pertenecer a una clase privilegiada y, al menos en teoría, obligada. La conciencia de pertenecer a una clase superior, como el saber perder o ganar, afecta de manera distinta a las personas según su elegancia, discreción o competencia –virtudes que no corresponden a ningún grupo social. La seguridad económica o la posición de quienes por tener todo desde su nacimiento no necesitan demostrar nada, no conduce necesariamente a un generoso paternalismo o a una búsqueda del interés general. Por el contrario, la condición de privilegiado lleva a las más dispares conductas, desde el abuso de autoridad o el corporativismo hasta la prudencia o el desprendimiento, tal como vemos todos los días en los comportamientos de las autoridades o élites de cualquier tipo.

En principio, el que quienes detentan los cargos públicos pertenezcan a una clase que ya nada necesita demostrar, con un patrimonio acumulado durante generaciones, con hábitos seculares de superioridad social y ejercicio del poder y con una educación basada en las obligaciones y la conducta honorable, en principio, repito, debería ser favorable a un digno ejercicio de la autoridad. Pero la educación y ascendencia no pueden sustituir las cualidades, o falta de cualidades, personales. Por otro lado, las pugnas por el poder o la fortuna, aunque limitadas a un estrato social, eran implacables, y en toda lucha aflora lo mejor y lo peor de cada contendiente.